

La leyenda

que une al mundo del fútbol



Quini, el

El mito que hizo levantarse a Asturias a los cielos

Luis MEANA

Nació en la calle, donde se comían onzas de chocolate y chuscos de pan y se pateaba un agrietado balón en campos de carbonilla. Y desde la calle llegó este muchacho, en una prodigiosa ascensión que parece la segunda venida de Jesucristo, a las altas cumbres de la fama, a ese elíseo reservado para los predestinados. Un regalo del sino. Sufrió con el paso del tiempo derrotas amargas. Y duras penas. Y esta triste semana, por esas cosas tan raras que tiene el destino, fue a morir al anoecer en una calle, lugar que siempre fue su humus, su hábitat y su real sitio porque la calle es el trono del pueblo y donde, por eso, siempre reinó él. Que era “el pueblo”. Nadie lo ha sido tanto como él. Caía en Gijón el frío que anuncia la nieve cuando España entera se quedó con el alma repentinamente helada, casi tanto como el día aquel en el que se enteró de que un toro había matado a Manolete. Desde esa acera perdida de Gijón ascendió Enrique Castro, “Quini”, directamente al Olimpo de los dioses, donde se sientan los héroes esperando la eternidad. Quini fue para el Sporting —y para el fútbol de Asturias— lo que Aquiles para los aqueos griegos: el mito. Nuestro mayor mito. El mito de los mitos.

Un río de lágrimas inundó El Molinón como si el Piles se hubiera desviado para entrar y honrar, también él, que tantas veces oyó cantar su nombre, al mito que se había consagrado en este estadio que es nuestra catedral. Lágrimas calientes que caían sobre la yerba helada. Lágrimas de niños que nunca vieron sus goles; lágrimas, humanas, de muchas mujeres a las que no les gusta el fútbol; lágrimas de otros héroes del balompié, estupefactos; lágrimas incluso de hombres que no lloran nunca. Lágrimas de Gijón, lágrimas de Asturias, lágrimas de España, incluso de todas las Españas. Un río de amores y de sentimientos formando un canto de democracia y “pueblo”, el pequeño y el grande. Se entiende que su familia llora desconsolada por la maldita puñalada de la muerte y

tenga el corazón partido. Pero hay que recordarles que es propio de los dioses ascender al cielo. Lo hizo el mismo Jesucristo. “Todo lo que es bueno es ligero, y todo lo que es divino corre sobre pies delicados”. Es también propio de los grandes héroes tener una muerte enrevesada. Porque los dioses del Olimpo, que son celosos, los envidian y nos los arrebatan. También el incomparable Aquiles tenía un talón débil, y por él le mató el enfurecido Apolo sin respetar el querer de su madre, la diosa Tetis, y también él conoció la tragedia, y también él murió demasiado joven y dramáticamente. Por lo demás, y como anunció el clásico, no se vuela para subir al cielo, se sube al cielo porque se vuela. Ése fue el primer espíritu de Quini: la ascensión. Porque ascender era la naturaleza de su corazón: “El alma pertenece a dos mundos, uno el de la gravedad, el otro el de la luz”. Y eso es lo que ahora ha hecho Quini: irse de la calle, que es la gravedad, a la luz. Para ser pura luz que ilumine nuestro incierto caminar. En eso consiste ser un mito: en ser portada del “New York Times”, como lo fue el inmenso Severiano Ballesteros el día que falleció, pero no lo fue don Emilio Botín, mucho más poderoso, el día de su muerte. Y portada ha sido este hombre mítico, Quini, de los principales periódicos de España, con los que toda la gente de a pie ha ido secando sus lágrimas con esas páginas convertidas en pañuelos que cantan un intenso poema de amor. Eso es lo que te hace un mito.

Con la profunda propensión que tiene Gijón a la campanada, ahora el Ayuntamiento de la ciudad se ha metido en el enredo de las teologías, ellos que son laicos, y han decidido añadir el nombre de Quini a la vieja advocación de El Molinón. Lo que, por mí, vale. Aunque haya que decir que la cosa no deja de ser una extraña innovación filosófica, pues hasta ahora, y conforme a los cánones, la muerte consistía en la separación del alma y el cuerpo. Y no en su unión. Por lo que se ve, el ilus-

tre Ayuntamiento de Gijón ha decidido “re-teologizar” la muerte y convertirla en segunda repetición de la vida: o sea, mantener unido El Molinón, que es nuestro cuerpo desde hace más de cien años, y a Quini, que es nuestra alma desde hace casi cincuenta. Una filosofía revolucionaria y además



Murió en una calle, lugar que siempre fue su humus y su real sitio, porque la calle es el trono del pueblo

Quini, con su habitual sonrisa, hace el gesto de la victoria en una imagen tomada en Mareo. | LINE

una redundancia: porque el alma de Quini está desde hace ya muchos años bien metida en el cuerpo de El Molinón, en concreto en las porterías, desde las que mueve con su soplo las redes, y en las yerbecitas verdes del césped, que también tenían los ojos húmedos el día del funeral. Así que no hay por qué redundar. Pero, en fin, si ellos lo quieren. Por cierto, en esas mismas porterías está presente también el espíritu de su heroico hermano, Castro, uno de los más grandes porteros de nuestra historia, si dejamos al margen al inalcanzable Ablanedo.

Venía Quini de la tierra, de correr con paso de leopardo por la selva metalúrgica de Llaranes, y traía en el corazón la fuerza del barro. Aquel barro de las miserias de los cincuenta, por fortuna hoy casi olvidadas. Campos embarrados, camisetas sucias empapadas de agua, balones inamovibles de cuero pesados como plomos. Traía el ansia de elevación. El ansia de lo imposible, como él mismo formuló alguna vez. Y lo consiguió. Los datos son abrumadores, como sabe todo el mundo. Los años mágicos del Sporting, iniciados con el también recientemente fallecido Carriega y consumados con el glorioso equipo de Miera (“todos de pie”), que luchó por la Liga con el Madrid. Jugó Quini con y contra los más grandes: Maradona, Cruyff, Beckenbauer, pura elegancia, más otros. Y siempre estuvo a la altura de todos ellos. Si se hace la contabilidad completa, y hasta que llega-

El Brujo era el pueblo, nadie lo ha sido tanto como él, y hablaba con el balón como el místico habla con Dios

ron Ronaldo y Messi, había sido prácticamente el mayor goleador de la historia del fútbol español. Y, desde luego, está en ese minúsculo espacio donde solamente pisan los más grandes magos del gol: Zarra, Di Stéfano, H. Sánchez y él. Lo que da una indicación de qué alturas alcanzó su vuelo. Siete trofeos “Pichichi” (entre Primera y Segunda División). Varios cientos de goles. Y quizás el gol más grande de la historia del fútbol español: aquella volea imposible en un partido de 1979 contra el Rayo en Madrid, cuando en una especie de salto mortal con tirabuzón remata en el aire, desde un ángulo imposible y casi sobre la misma línea de fondo, un centro de Mesa, y el balón sale con la velocidad de

una bala y la trayectoria parabólica de un obús hasta entrar supersónico por la escuadra opuesta de la portería, sin que se vea casi el balón. Todo eso ocurría años antes de que el famosísimo Van Basten hiciera una filigrana semejante en la Eurocopa de 1988. Gol al que algunos llaman la mejor volea de la historia, y con el que el mundo entero se quedó boquiabierto, menos Gijón, que se lo había visto a Quini mucho antes, y yo diría que mucho mejor, con un escorzo y una parábola aún más difíciles. Puede añadirse otra historia para comprender la importancia del jugador al que acabamos de despedir grandiosamente, féretro en alto, en el impresionante escenario de El Molinón convertido, por fin, en el templo sagrado que siempre fue. Cuando le secuestraron, el Barcelona estaba a punto de ganar la Liga. Fue tal el impacto del secuestro entre sus compañeros, y de su ausencia, que el equipo se desplomó, perdió tres partidos se-

Nunca hubo distancia entre él y la gente. Eso es el héroe: poder de identificación. Él era nosotros y nosotros éramos él

guidos y se le escapó la Liga. Y cuando vuelve del secuestro, la multitud que le espera le canta el “Asturias, Patria Querida”. Tenía el cuerpo construido para el remate y el alma para meterse en la portería. Metía goles en todas las posturas y desde todos los ángulos y circunstancias. Remataba de cualquier forma. Quedaba ingravido en el aire hasta que en la pierna le caía el maná del gol. Y de cabeza, era el rey. Olfateaba el gol como el perdiguero olfatea la caza. Quini es sinónimo y topónimo de gol. Hablaba con el balón como el místico habla con Dios.

Disfrutó de una especie de unión mística con Asturias. Es el mito total de la cultura popular y metalúrgica de Asturias. La simbiosis de boina y mono. Él era co-

topónimo del gol

de la popularidad y de la grandeza



mo la reencarnación pluscuamperfecta de aquellos recios aldeanos a los que los giros del mundo industrial habían convertido en obreros de Avilés. Gente fuerte, ruda pero cercana, fraternal, laboriosa, sacrificada, resistente, indómita, libre, compasiva, con alto sentido del deber, leales a la amistad, sencillos y, a veces, con la cabeza perdida y vidas demasiado dañadas. En dos palabras: sacrosanta cultura obrera. El siglo de la socialdemocracia. O la honrosa dignidad de la pobreza. Quini fue el pegamento que los sostenía. Y además la última epifanía importante de Asturias: se manifestaba en él como en ningún otro sitio el ancestral espíritu popular de Asturias, y a su vez Asturias entraba en éxtasis con él. Nunca

hubo, ni en los buenos ni en los malos tiempos, distancia entre él y la gente. Eso es el héroe: poder de identificación. Él era nosotros y nosotros éramos él. Sin duda, un sueño infantil. Es lo que hace el mito: renovarnos la ilusión, convertir nuestra existencia en una bella imaginación. El mito aligera y suaviza nuestra dura lucha con la vida. Fue Quini el hombre estandarte que hizo elevarse a Asturias a los cielos de la popularidad y de la grandeza: nos la volvió mucho más importante, mucho más ideal, mucho más sublime y perfecta de lo que era. Y de lo que es. Y algo aún más mágico, pero no sorprendente: todo eso ocurrió con él pero sin él, es decir, sin que él lo supiese, ni lo entendiese. En mi opinión, nunca

fue consciente de la profundidad de su significado. Eso es un mito, aquello sobre lo que nos sostenemos. Lo dice Hegel, el “refugio seguro” que hace llevadero lo humano. Por supuesto, su mito es nuestra ingenuidad, y también la suya.

Para terminar, un ligero consuelo. La cita en la que el dios del mar y “Sacudidor de la Tierra”, Poseidón, habla para calmar a la desconsolada madre de Aquiles, la diosa Tetis, totalmente afligida por la muerte de su amadísimo hijo. Le dice el dios Poseidón a la diosa Tetis: “Contén ahora ese interminable duelo por tu hijo. Pues no quedará él entre los muertos sino entre los dioses..., pues la terrible muerte no lo retendrá por siempre en las

SU RELEVANCIA

Es el mito total de la cultura popular y metalúrgica de Asturias, la simbiosis de boina y mono. Él era como la reencarnación pluscuamperfecta de aquellos recios aldeanos a los que los giros del mundo industrial convirtieron en obreros de Avilés

tinieblas..., sino que de inmediato llegará al resplandor de Zeus. Y yo mismo le concederé como don una isla divina en el Ponto Euxino, donde tu hijo será para siempre un dios. Y los pueblos de las naciones vecinas le honrarán y le glorificarán, como a mí, con gratos sacrificios. Mas tú contén enseguida tus llantos y no sigas atormentando tu ánimo con este dolor”. Ojalá Asturias y la familia Quini no sigan atormentando su ánimo con este gran dolor y puedan contener su llanto con el hermoso consuelo de que este hijo de la calle y del pueblo ha llegado a ser un dios al que glorificarán las gentes y las naciones. Quizás esté también allí en esa isla divina quien, en tantas cosas y en tantos momentos, fue vida paralela suya, el gran conocedor del

LOS ORÍGENES

No se vuela para subir al cielo, se sube al cielo porque se vuela: ése fue el primer espíritu de Quini, la ascensión. Venía Quini de la tierra, de correr por la selva metalúrgica de Llaranes, y traía en el corazón la fuerza del barro, el ansia de la elevación

EL NOMBRE DEL ESTADIO

Mantener unido el nombre de nuestro cuerpo, El Molinón, y el de nuestra alma, Quini, es una extraña innovación filosófica, pues la muerte consiste en separar alma y cuerpo, y el alma de Quini está desde hace mucho bien metida en El Molinón

fútbol y de la historia viva del Sporting, el viejo amigo Julio Puente, a quien también la taimada muerte le arrebató cruelmente la vida unos cuarenta días antes de que esa maldita zorra se revolviere, aún más furiosa, y viniese otra vez, en esta ocasión para llevarse a nuestro mito más grande y al gran héroe de nuestro deporte, Enrique Castro, “Quini”, El Brujo.